

---

## *Los bandidos de Río Frío* en la medida del tiempo y de la crítica

Antonio Saborit\*

“**E**stá de moda hablar bien de don Manuel Payno y de su novela *Los bandidos de Río Frío*”, dijo Mariano Azuela al iniciar la semblanza crítica de este escritor en las conferencias que en 1947 impartió en El Colegio Nacional sobre el primer siglo de la novela mexicana. “Nada como los literatos y las mujeres para inventar modas y ponerse a sus pies. Lo que ayer parecía despreciable y ridículo, un buen día lo aclaman con entusiasmo, como un gran descubrimiento”.

El apunte de Azuela parecerá todo lo extraño que se quiera y más adelante tendremos que volver, tú como lector y yo como expositor, a esta memorable perorata del autor de *Los de abajo*, quien sabía de sobra por qué de nada vale confiar ni en las maneras ni en la indiscutida seriedad de aquéllos a los que él llamaba “literatos”, pero en un par de líneas sitúa el prestigio de Payno en la ciudad letrada a mediados del siglo XX. Además, el apunte concuerda a la perfección con el Payno que por entonces ofrecía en Londres la tan prestigiada, distante e indispensable *mexicana* de la biblioteca del Museo Británico. Fuera de las primeras obras de Payno en el catálogo *Bosquejo biográfico de los generales Iturbide y Terán* (1843) y el prefacio de las *Obras poéticas* de Fernando Calderón (1844), el resto del acervo inglés devolvía primordialmente al enjundioso político infatigable al presentar sus *Proyectos de arreglo de los gastos de la hacienda pública y contribuciones para cubrirlos* (1848), al discutir sus

*Proposiciones para la derogación del decreto del 31 de mayo de 1842*, presentadas junto con los diputados Manuel Zárate y José Ramón Pacheco en 1849, al plantear la *Representación* que en 1852 dirigió al gobierno en compañía de R. Olarte, o bien al imaginar, con ayuda del mismo Olarte y del poeta José Joaquín Pesado, la *Cuestión de Tehuantepec* (1852). Del novelista, en cambio, muy poco; y por las fechas hasta podría pensarse que todo este material llegó al Museo Británico con la completísima biblioteca particular de alguien que siguió con toda seguridad las populares prédicas seculares de Payno, José Fernando Ramírez. A cambio de *Memoria e impresiones de un viaje a Inglaterra y Escocia* (1853) y de las páginas que Payno dejó en *México y sus alrededores* (1855), ahí estaban las respuestas a dos de las numerosas memorias que formó: la que en 1855 le dirigieron los hermanos Martínez del Río, *Contestación de los agentes de la convención inglesa a la memoria del señor Payno*, y la que en 1857 le envió José María de Bassoco, *La Convención Española. Contestación a la memoria que sobre ella formó don Manuel Payno*. Contra el divertimento que puede ser el *Calendario del Comercio y Guía de Forasteros* (1859), ahí estaban desde el siglo pasado su *Memoria sobre la revolución de diciembre de 1857 y enero de 1858* (1860), la *Carta que sobre los asuntos de México...* dirigió al general Forey, comandante en jefe de las tropas francesas (1862),

y las *Observaciones y comentarios* (1863) a esa misma carta. Cerraban la lista una rara *Memo-ria sobre el maguey mexicano y sus diversos productos* (1864) y un *Tratado de la propiedad* (1869), con prefacio de Guillermo Prieto. Y hasta entonces aparecían las únicas piezas literarias de Payno: *El libro rojo*, en la edición de 1870 y en la de 1905, y *El fistol del Diablo* en su tercera edición, corregida y aumentada, de 1880. Pero nada de *Los bandidos de Río Frío*, anterior a los cuarenta del siglo XX.<sup>1</sup>

Entonces, ¿en qué momento ingresó el Ingenio de la Corte, como firmó Payno su última novela, a ese mundo raro de la expresión nacional en el que el escritor más común y corriente se transforma en autor de una esencia superior? Y *Los bandidos de Río Frío* en particular, ¿cómo fue que construyó su aprecio en el mundo de las letras?

*Los bandidos de Río Frío* se tardó como una eternidad en abrirse camino en la feria de vanidades de la ciudad letrada, a diferencia de la otra gran panorámica de Payno, *El fistol del Diablo*. E incluso se nota que la novela poco abonó inicialmente al prestigio del cónsul como autor.

Se diría que el horno no estaba para dorar debidamente la hogaza de lo efímero que Payno gustaba amasar, pues nadie en su tiempo reparó en que, tratándose de un libro sobre el pasado reciente, su autor lo había realizado en condiciones muy poco favorables y había logrado a fin de cuentas una faena digna de su añosa carrera. Guillermo Prieto, por ejemplo, antes que comentar este título, reseñó detenidamente otro Payno: *México y Barcelona en 1888 y 1889*.<sup>2</sup> El caso es que en lo que otros literatos mexicanos ocupaban su arraigo diplomático en Europa viendo amorosamente por sus achaques y molicies y viene el recuerdo de Ignacio Manuel Altamirano en el París de Emile Zola y Dreyfus, extasiado ante el obsequio de una estatuilla de Mirabeau, firmada por Trupème desde mediados de siglo,<sup>3</sup> Payno hizo de su vejez una posibilidad de ser y de su memoria el principal surtidor de su vena narrativa.

En julio de 1891, hospedado en el hotel de Rin, en Dieppe, Payno puso el punto final a la obra menos a propósito para los usos literarios de su

país en ese momento, *Los bandidos de Río Frío*. La década de los noventa era la hora de la nueva escuela del "realismo mexicano", según la sanción del joven crítico literario Rubén M. Campos (1876-1945): tiempo de narradores como Rafael Delgado (1853-1914), Federico Gamboa (1864-1939), José Ferrel (1865-1954), Alberto Leduc (1867-1908), Luis G. Urbina (1869-1934), Amado Nervo (1870-1919), Heriberto Frías (1870-1928) y Ciro B. Ceballos (1873-1938). El huracán realista barría a las grandes creaciones románticas, como el amor, el deber, la caridad, los sacrificios y la abnegación, dejando en su lugar el espectáculo descarnado de lo moderno.<sup>4</sup> Ahí no había lugar para el Payno de folletín; y sin embargo, *Los bandidos de Río Frío* tuvo muy buenas ventas, para colmo de lo que sucedió a la mayor parte de los títulos de estos autores. En sus primeros quince años, la novela de Payno conoció varias, rápidas y sucesivas ediciones. Cuatro en Barcelona, las dos primeras, y hasta cierto punto las relevantes, realizadas por Juan de la Fuente Parrés, la tercera por Molinas y Maza, y la cuarta por Marcelino Bordoy, sin fecha las cuatro; y una en México impresa en 1906 por el diario *El Imparcial*.<sup>5</sup> Pero esta intensa vida hizo poco por la nombradía literaria de una obra *paseiste* y de una factura artística tan anacrónica; más aún, *Los bandidos de Río Frío* tardó cerca de veinticinco años en cobrar su primer reconocimiento literario cuando el mismo Gamboa de líneas atrás aunque tocado, hay que decirlo, por el prestigio de una obra narrativa sólida y amplia la colocó entre las tres obras fundamentales en la narrativa mexicana del siglo XIX.

En enero de 1914, cuando Gamboa ponderó las cualidades de *Los bandidos de Río Frío*, el tiempo mexicano cambiaba rauda y radicalmente, pues los partes de guerra revolucionarios sacudían lo poco que ya quedaba de alegría y confianza porfiricas en la capital de la república. La década armada vio proliferar con inusitado y tal vez hasta paradójico entusiasmo todo tipo de novísimas realizaciones, así como de recuentos y exhumaciones valorativas, por medio de las cuales los escritores y artistas dieron la cara a la revolución que sacudía al país. De hecho, el juicio

crítico de Gamboa sobre *Los bandidos de Río Frío*, en particular, y sobre la novela en México, en general, fue parte de un legendario ciclo de conferencias sobre temas nacionales que tuvo por foro la Librería Central, mejor conocida como Biblos. Corría el mes de enero de 1914, y desde las últimas semanas del año anterior el público que se congregó en la librería propiedad de Francisco Gamoneda escucharía a Pedro Henriquez Ureña hablar sobre la mexicanidad de Ruiz Alarcón, a Jesús T. Acevedo de arquitectura nacional, a Luis G. Urbina de la literatura mexicana, a Manuel M. Ponce de la música popular. Gamboa dijo en su exposición:

*Los bandidos de Río Frío* son, con mucho, superiores a aquel *Fistol del Diablo* que tanta boga diérale, según sus contemporáneos, y a *El hombre de la situación*, novela de costumbres escrita más tarde; es obra mexicana por sus cuatro costados, sí obedece a plan preconcebido, luce unidad de acción y orientación recta, acrece, con sabiduría y arte, el léxico nuestro, incalculable es el número de mexicanismos que se registran en sus muchas páginas. Deja harto atrás al *Periquillo*, en todo y por todo, y a *Astucia, el jefe de los hermanos de la Hoja, o los charros contrabandistas de la Rama* de Luis G. Inclán, una novela en dos tomos, respectivamente aparecidos en 1865 y 1866, con lo que resulta anterior a los *Bandidos* alumbrados por Payno en 1888, cuando su ausencia en España, si no mienten mis averiguaciones.<sup>6</sup>

El tiempo sin duda ayuda a apreciar lo que las palabras del renombrado autor de *Santa* pudieron significar para la suerte de *Los bandidos de Río Frío* en el siglo XX. Aunque en este apunte Gamboa respondía a una vieja observación de Gustavo Baz, respecto a que Payno y otros novelistas de su tiempo, como Nicolás Pizarro Suárez (1830-1891), Juan A. Mateós (1831-1913) y Vicente Riva Palacio (1803-1880), escribían “sin plan, sin modelo y llenando entregas *calamo corriente*”;<sup>7</sup> el hecho es que con sus palabras echó a andar un proceso de revaloración irreversible

y ascendente como suele ser esto por lo general en la literatura.

La yerba oculta y la lluvia borra, decía Amado Nervo que dijo Victor Hugo.<sup>8</sup> Pero muchas veces el tiempo es el que esconde los riesgos asumidos y la voluntad de asombrar que acompañaron la decisión de Manuel León Sánchez al reimprimir a Payno en 1918, así como la de los propietarios de México Moderno cuando en 1919 ofrecieron *Los bandidos de Río Frío* “con un estudio final descifrando el incógnito que encierran los personajes” por Luis González Obregón. La aportación de este último develó y estableció algunas de las identidades que Payno designó “con asonancias de sus nombres o apellidos”, encubriéndolos “con habilidad”, y permitió a las nuevas generaciones acceder al secreto de una trama que con el paso del tiempo amenazaba con transformarse en un enigma digno de la Arcana Mayor. *Lamparilla* era el licenciado Gabriel M. Islas, destacó González Obregón en esta breve nota; *Rodríguez de S. Gabriel*, el licenciado Juan Nepomuceno Rodríguez de San Miguel. Con ayuda de “vetustos nobiliarios y maestros genealogistas”, González Obregón identificó al *Conde de San Diego del Sauz* con el conde de San Pedro del Alamo; al marqués de Valle Alegre con un hermano del marqués de San Miguel de Aguayo; *Bananeli* fue el teniente coronel José María Olazabal, fiscal que actuó en el proceso que inspiró a Payno la novela. “Payno, empero, desfiguró mucho el retrato verdadero, lo retocó, lo embelleció”, escribió el autor de *México viejo*; “y lo mismo pudo ser don Pedro Martín el citado fiscal, que otros eminentes letrados que, por su inteligencia e inmaculada conducta, fueron conocidos entonces con los nombres de D. Pedro Vélez, D. José María Casazola y D. Francisco Modesto de Olagüibel”. Pero sin duda una de las revelaciones más trascendentes y útiles de González Obregón para las nuevas generaciones de lectores de *Los bandidos de Río Frío* fue precisamente la de Relumbrón:

Pero el personaje más histórico de *Los bandidos de Río Frío* fue *Relumbrón*, o sea D. Juan Yáñez. Poseo un *Extracto* de su causa, publicada el año de 1839 [...] Este

*Extracto* lo escribieron y dieron a la estampa los fiscales instructores del proceso, D. Tomás de Castro y D. Antonio de Alvarado, “para satisfacción del público” [...] Juan Yáñez según constancias del proceso fue natural de Puebla. Tenía cuarenta y cuatro años de edad cuando se le puso preso; era casado y a la sazón teniente coronel de Caballería, graduado de general, y ayudante del Excelentísimo Sr. D. Antonio López de Santa-Anna desde el año de 1834, hasta el día de su prisión verificada el 7 de diciembre de 1835.

La historia de este personaje, y el muy sonado y largo proceso que se siguió contra él y sus cómplices, ocupaban el centro de la novela. Su ejecución, a mediados de 1839, fue celebrada y presenciada por muchos tal vez por el mismo Payno, como le sucedió a Montaigne con la ejecución de Martín Guerre, el marido supuesto, y a quien acabó incluyendo en uno de sus ensayos. No menos interesante que las revelaciones anteriores fue el cierre de la nota de González Obregón:

Mi muy fino amigo, el Sr. Lic. D. José Lorenzo Cosío, oyó de labios del Sr. Lic. D. Joaquín de Eguía Lis, que años después de la ejecución de Yáñez y socios, viajando por Europa un señor Orihuela no se sabe a punto fijo, si el que fue notario o el general se encontró en un pueblecillo de Francia con Juan Yáñez; y sorprendido de hallarlo vivo, le preguntó cómo se había salvado, pues todos lo tenían por muerto.

Refirió entonces Yáñez a Orihuela que debido a la amistad y confianza que le había dispensado el general Santa-Anna, éste le había salvado la vida. Que al efecto, un cirujano italiano fingiéndose barbero fue a la cárcel de la ex-Inquisición para rasurar a Yáñez, éste simuló arrebatarle la navaja y se hizo una herida en el cuello. Que el cirujano al mismo tiempo le dio un narcótico a fin de hacerlo aparecer como muerto y de que su cadáver pudiese ser exhibido en público, para que una vez terminada la eje-

cución y entierro Yáñez pudiera irse, como se fue, al *otro mundo*, pero no *al de los espíritus*.<sup>9</sup>

Al cabo de vivir de sus propias reservas, *Los bandidos de Río Frío* empezó al fin a convocar la verbalización y difusión pública de los significados que sus lectores construían en privado, a saber: era lo mejor de Payno, su raigambre mexicana estaba fuera de duda, no era una novela producto del azar sino de un plan y se le podía comparar con las dos más notables del siglo XIX mexicano, *El Periquillo Sarniento* y *Astucia*. Dicho lo cual no debe pasarse por alto el servicio que en este sentido prestó Gamboa. Todo indica que a lo largo de los cincuenta años que van de la salida del primer folletín de la imprenta de Juande la Fuente Parrés hasta la versión que Publicaciones Herrerías puso en circulación en 1938, las nueve primeras ediciones y reimpresiones sometieron a la novela a un proceso de recuperación y adopción.

En la década de los cuarenta irrumpieron varios lectores especializados dispuestos a asignarle un sitio en el desarrollo de la expresión literaria propia; y además, la novela cruzó una muy rara frontera cuando la radio empezó a ofrecerla por episodios en el formato más semejante al del folletín. Ahí se trazó una línea de demarcación en la historia de la recepción de *Los bandidos de Río Frío*.

Tal vez el primero de estos lectores fue el historiador y crítico literario Julio Jiménez Rueda, quien en 1944 recibió de la imprenta su monografía sobre las *Letras mexicanas en el siglo XIX*. Jiménez Rueda ubicó el empeño novelístico de Payno junto a la “moda de la novela de folletín”, a la manera de las que escribieron Eugène Sue y Alexandre Dumas en Francia, Fernández y González y Ortega y Frías en España. Y agregó:

Así se publican *El fístol del Diablo* y *Los bandidos de Río Frío* de Manuel Payno, narraciones esencialmente mexicanas, retrato fiel y humorístico de la sociedad y de la gente del campo de la época de Santa Anna. Políticos, abogados, doctores de la Universidad, generales obreros, comerciantes en pequeño, médicos, artesanos, vendedores

de aguas frescas, baratilleros, surgen y desaparecen en estos novelones, escritos sin deseo de realizar obra artística, sino de interesar a los lectores, conmoverlos en los episodios sentimentales, horrorizarlos con los hechos espeluznantes que describen, hacerlos reír con los pasajes cómicos que suelen ser más abundantes de los que acostumbra, generalmente, contener una novela romántica.<sup>10</sup>

No obstante la brevedad del apunte, y a pesar de anteponer la presunta fidelidad documental de la obra a su factura artística, Payno quedaba en un lugar muy semejante al sugerido por Federico Gamboa y, además, en el amplio escenario literario de un siglo entero de aproximaciones y reintegros.

Poco después, Antonio Castro Leal y Francisco Monterde impulsaron con eficacia el aprecio público de este Payno cuando en 1945 empezaron a circular dos títulos esenciales y complementarios. Uno editó *Los bandidos de Río Frío* dentro de una serie pionera y fundamental en más de un sentido, la Colección de Escritores Mexicanos de Porrúa, con lo que Payno se sumó a un catálogo que ya incluía a Sor Juana Inés de la Cruz, Carlos de Sigüenza y Góngora, Ignacio Manuel Altamirano, José Fernando Ramírez, Manuel José Othón, Rafael Delgado, Francisco Xavier Clavijero, José López Portillo y Rojas y Salvador Díaz Mirón. El otro seleccionó y prologó un conjunto de *Artículos y narraciones* para otra colección no menos legendaria ya, la Biblioteca del Estudiante Universitario. Castro Leal insistió en que en la novela había “cierta esencia estética” a pesar de los ostensibles defectos del menudeo episódico, lo anacrónico del folletín y la pobreza lexicográfica de su prosa. Y por último, este esforzado constructor de una tradición señaló: “Sus mejores páginas son aquellas en las que la experiencia de la narración oral, varias veces repetida, fue acomodando y enriqueciendo las palabras, descubriendo y modulando los efectos.”<sup>11</sup> Monterde destacó el trabajo de Payno en revistas como *El Museo Mexicano*, señaló que las narraciones que escribió entre 1842 y 1844 eran “precursoras del cuento y de la novela corta” que

luego ensayaron Florencio M. del Castillo y Roa Bárcena y llamó “obra efectista” a *Los bandidos de Río Frío* reconociendo que “a pesar de su desaliño” tenía “interés aun para aquellos que no conocieron las principales figuras en que el escritor halló sus modelos”.<sup>12</sup>

Entre las secuelas notables de esta revaloración podría mencionarse la “repentina, apasionada afición a nuestro siglo XIX” de la que fue víctima Salvador Novo, un escritor de muy amplio registro; afición que además de serle “inédita en punto al aprecio y al disfrute de nuestra literatura y nuestra vida de entonces”, terminó convirtiéndolo en un “propagandista furioso” de *Los bandidos de Río Frío*.<sup>13</sup> Más aún, los *faites diversés* del crimen de la calle del Salvador permitieron a Novo expresar entonces la vigencia de *Los bandidos de Río Frío*:

La visión de las fotos, con aquella anciana golpeada, entre aquellos preciosos muebles románticos, de medallón, que son mi mero mole; y las primeras descripciones del ambiente en que ocurrió el asalto, me horrorizaron con el recuerdo de que anoche mismo leía, en mis adorados *Bandidos de Río Frío*, la evocación de precisamente esa clase de casas: la de don Juan Manuel, en que el duro conde del Sauz mató a su esposa y cultivó el odio permanente de su hija; la de Re-lumbrón, que recibía los jueves a toda la aristocracia de la época, atendida por su excelente señora, mientras él planeaba la organización del más amplio, futurista *racket* de robos y juegos en la república, con el auxilio inconsciente del formidable Evaristo y del licenciado Lamparilla.<sup>14</sup>

Y es que la ciudad letrada se transformó, al menos temporalmente, en un teatro de la memoria, con sus regimientos de sirenas, de hadas o de doncellas con sus lanzas de palo y sus coturnos y sus pudorosas túnicas. Pero no era una cosa de anticuarios. Algunos escritores jóvenes se interesaron vivamente en el pasado literario de México, con pasión semejante a la que en autores maduros pasa casi (siempre mal) por explicable debilidad. Fue entonces que Octavio Paz ensayó

sus primeras reflexiones sobre Sor Juana, por ejemplo. El mismo Novo estudió, prologó e impulsó *Astucia*, adaptándola incluso para el teatro. Todo estaba por hacerse en materia de recuperación y revaloración, como lo demostró Mariano Azuela al disertar en El Colegio Nacional sobre un siglo de novela en México.

Azuela recordó que a finales del siglo XIX y principios del XX, con “esnobismo”, se solía repudiar “con asco nuestra humilde producción nacional” negándose incluso la existencia misma de la novela mexicana. Y sugirió incluso una explicación para la nueva vida de Payno:

El gran sacudimiento que sufrió el país con la última revolución, sacó de su letargo a muchos hombres de letras y los puso a desempolvar libros olvidados en archivos y bibliotecas. Obras desdeñadas por largos años reaparecieron en flamantes ediciones que el gran público acogió con cariño. Una de éstas fue *Los bandidos de Río Frío*, que no pocos califican ahora como la novela mexicana más divertida, cuando menos, de cuantas se han publicado hasta la fecha.<sup>15</sup>

Sin nombrarlo, Azuela denunció otro tipo de “esnobismo” en el interés por esta novela que, en su opinión, “vale bien poco y su valor se reduce a lo meramente documental”. E insistió en destacar la artificialidad de los aprecio, la misma artificialidad que por décadas negó a Azuela su lugar en la ciudad letrada: “*Los bandidos de Río Frío* fue una novela que los literatos mantuvieron en la oscuridad y en el olvido por muchos años, pero ahora ha reivindicado totalmente su valor y no se le discute más.”<sup>16</sup>

Azuela reunió y expresó claramente los sentimientos tan encontrados que Payno despertaba en él: las “felices descripciones de una época [...] y de ciertos tipos” tenían importancia para “cuantos tengan amor o simplemente curiosidad” por el pasado mexicano; como “obra genuinamente nacional” se debía colocar junto a las memorias de Guillermo Prieto y *México viejo* de Luis González Obregón; su autor, “todo sencillez y lealtad”, “modesto”, “escribió para sus contemporáneos del pueblo, como lo habían hecho Fernández

de Lizardi e Inclán”, a quienes superó en cultura y técnica; supo fijar “personajes, sucesos y paisajes con la mayor claridad”, enlazándolos sin dar “lugar a embrollos ni confusiones”, si bien esos mismos personajes no debían someterse a “un serio análisis si se quiere disfrutar de lo que de verdaderamente interesante hay en esta novela”.<sup>17</sup> Dicho lo cual, sin titubeos, Azuela agregó:

Afortunadamente sus facultades son tan poderosas, que si su argumento y la trama de la novela hoy no convencen a nadie, sirven de armazón y de pretexto para dar el trasunto más fiel y verídico de la vida y costumbres de México, en tiempos de su Alteza Serenísima don Antonio López de Santa Anna, donde radica el mérito intrínseco de su novela [...] Despojado, pues, de toda pretensión de filósofo, apóstol o maestro, cumple su meritísima labor con darnos sus retablos captados sin esfuerzo, con naturalidad y verdad. Su estilo es periodístico, pero en su vulgaridad lleva la gracia del buen conversador que sabe poner sal y pimienta en sus frases y que embelesa por igual con sus verdades como con sus patrañas.<sup>18</sup>

Tal era el origen de sus páginas de fuerte colorido y veracidad, realistas en sus mejores pasajes, de sus cuadros llenos de verdad; sin embargo, Azuela anotó:

Es lástima que sus excelentes dotes de observador no penetraran en lo íntimo de sus personajes. Si como técnico, como letrado y por algunos aspectos supera a Fernández de Lizardi y a Inclán, como psicólogo se queda muy abajo de ellos. Si los libros de estos novelistas tienen el encanto y la gracia de pinturas primitivas libres de todo artificio, Payno procede en la factura de sus cuadros como alumno aventajado de una academia.

En lo anecdótico es mucho más interesante pero en hondura no alcanza ni de lejos a aquellos. Los sucesos narrados en *Los bandidos de Río Frío* nos divierten, pero sin dejar huella. En cambio hay pági-

nas de *El Periquillo* y de *Astucia* que se graban indeleblemente en nuestra memoria [...] Media entre Evaristo y *Astucia* la misma distancia que hay entre el charro de los Altos de Jalisco y el del Paseo de la Reforma.<sup>19</sup>

Después de la conferencia de Gamboa en Biblos nadie había vuelto a ver a Payno como entonces lo vio Azuela, sin otra obligación que la del oficio de la escritura, en primer lugar. Las palabras y el gusto de Azuela en cierto modo descomponían el consenso que empezaba a formarse en torno a la realización de un pacto de silencio. Pero aun así, o precisamente por eso, se empezó a hablar de Payno como literato más allá de las fronteras nacionales, según dan fe las conferencias de Pedro Henríquez Ureña para la cátedra Charles Eliot Norton, en la Universidad de Harvard.<sup>20</sup> Incluso fue posible parafrasear al lacónico Azuela del Colegio Nacional, como lo hizo José Luis Martínez al escribir sobre Payno en 1947, quien además apuntó: "Si nos contentamos con lo que Payno quiso darnos, tendremos que admitir que consiguió con largueza su objetivo y que realizó, al mismo tiempo, una de las novelas fundamentales de nuestra historia literaria."<sup>21</sup>

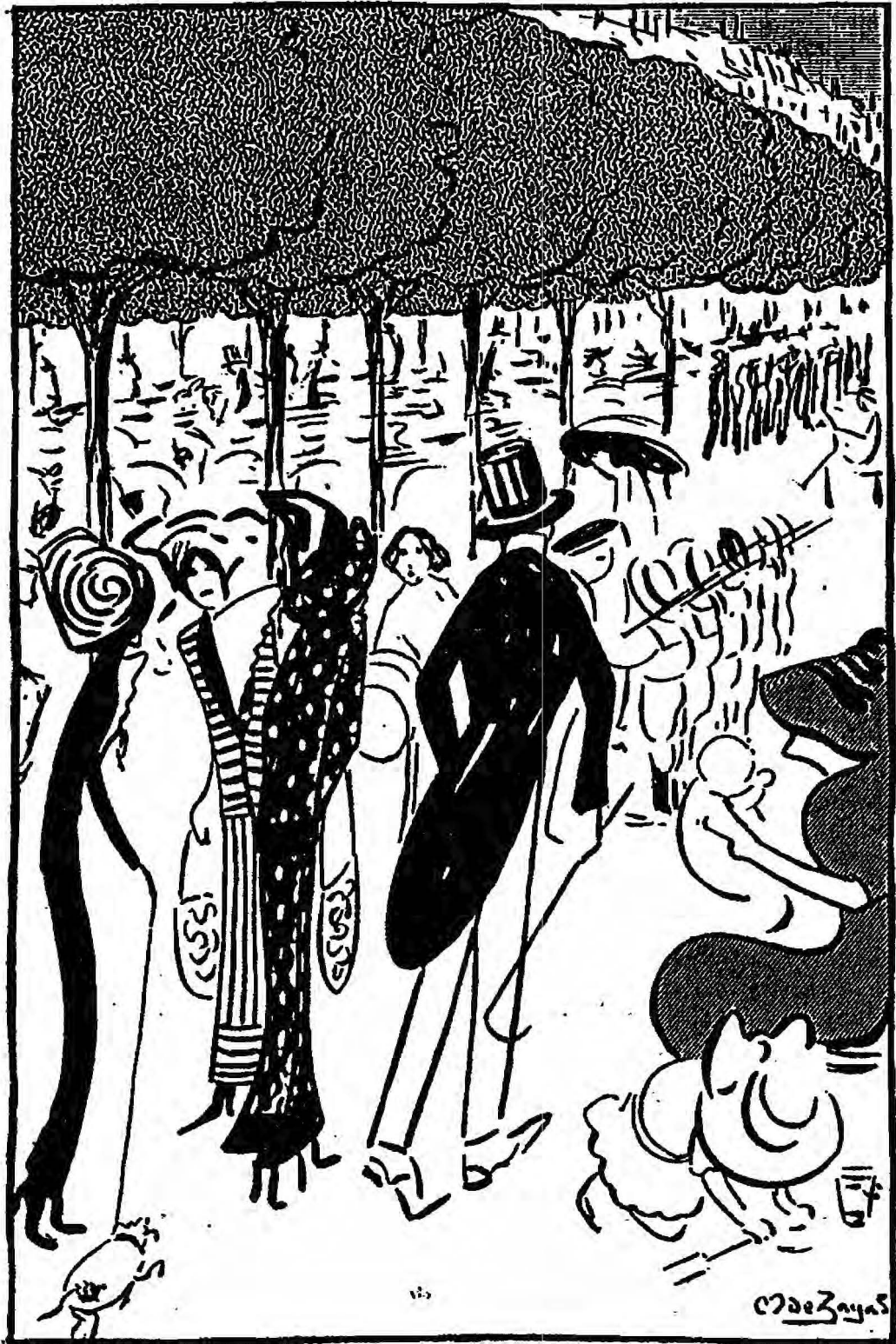
Una vez realizada la asignación de un sitio para *Los bandidos de Río Frío* en la imaginación literaria, la Secretaría de Educación Pública encomendó a José R. Nerval la tarea de armar y prologar una antología para una masiva edición popular que circuló a partir de 1949.<sup>22</sup> Cómo saber quién (o por qué) se embozara tras tan conspicuo seudónimo: ¿José Revueltas? ¿José Ferrel? ¿quién? (Hay que recordar que Gérard de Nerval, mejor conocido hoy por su obra poética, fue uno de los asalariados en la línea de producción de los exitosos e interminables folletines de Alexandre Dumas.) Pero tras reiterar muy someramente los defectos estructurales de la novela antes citados, Nerval dijo que asombraban "la novedad y la mexicanidad de la novela". *Los bandidos de Río Frío* era una obra valiosa porque cumplía a su modo con el deber ser de una novela: dar la historia íntima del pueblo, de las costumbres y las tradiciones, el ser de una época, divertir al lector.

La pintura que logra de todo el ambiente mexicano del siglo XIX es sorprendente por lo vívido y real [...] Logra también resucitar escenas de una viveza tal que le parece al lector que las está viviendo o las está presenciando [...] De toda la literatura del siglo XIX en México *Los bandidos de Río Frío* es indudablemente el libro más divertido para chicos y grandes [...] Pero donde Payno llega a ser más notable es en la descripción de la ciudad de México, su ciudad natal [...] A veces, más que una novela, parece que se está ante una reconstrucción de la vida en la ciudad de México a mediados del siglo XIX, tanto del pueblo como de la clase media y de la aristocracia.<sup>23</sup>

Al final de los cuarenta la causa de *Los bandidos de Río Frío* pasó por la genealogía privada de escritores como Gamboa y Azuela y se abrió camino por un espacio mucho más público, el de la historia. Pero hay que señalar que al hacer esto último no sólo empleó todos los significados que verbalizó Gamboa sino también los que Azuela propuso: era lo mejor y más divertido de Payno, su raigambre mexicana estaba fuera de duda al ofrecer trasunto fiel y verídico de la vida en México en los tiempos de Santa Anna, no era una novela producto del azar sino de un plan y de su vocación documental, se le podía comparar con las dos notables del siglo XIX mexicano, *El Periquillo Sarnieto* y *Astucia*, aunque las superaba en técnica y cultura y, por último, su estilo periodístico tenía la gracia de un buen conversador.

*Los bandidos de Río Frío* conoció en adelante un ascendente proceso de consolidación, en modo alguno interesado en evitar las reiteraciones interpretativas. Y si en cierto momento remitirse a Payno fue una manera de crear sentido para la obra de otros autores, como en 1944 lo hizo Alí Chumacero en su prólogo a *Cuentos y crónicas* de Angel de Campo,<sup>24</sup> después de Antonio Castro Leal, Francisco Monterde y Mariano Azuela la novela del Ingenio de la Corte se convirtió en un punto ineludible en los recuentos y apreciaciones de carácter general.

De hecho, la paradójica y tan comentada inexistencia de las grandes novelas en México atrajo la





atención de cierto número de especialistas extranjeros, provenientes de Estados Unidos principalmente, a partir de la década de los cincuenta. Uno de los primeros fue cierto profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad de California (Los Angeles), Manuel Pedro González, quien en 1951 se expresó en los siguientes términos en su *Trayectoria de la novela en México*:

En Payno se prolonga la tradición costumbrista que Lizardi había iniciado, pero con él hace su aparición en México otra variante novelística: la novela de folletín, que ya se había puesto en boga en Europa. El concepto que de la novela tenía Payno era similar al que rige o regía la elaboración de las películas en serie hace algunos años, y como éstas, algunas de sus novelas son interminables. *Los bandidos de Río Frío*, por ejemplo, excede de dos mil páginas. Payno es chabacano y descuidado en el estilo tanto como en la técnica, si es que se puede llamar así a esta acumulación aluviónica de episodios y fantásticos sucedidos, hacinados y hasta superpuestos y hasta cambiados de una edición a otra en algunas de sus novelas. A Payno lo único que le interesa es mantener el interés y la curiosidad de sus lectores. Carecía de fineza literaria y de sentido de autocrítica. Él y su coetáneo, Riva Palacio, son los dos novelistas mexicanos que durante cincuenta años suplieron a las masas analfabetas del país con el inocente entretenimiento novelesco que era casi su única vía de escape exceptuando el pulque para su mísera existencia. (Al presente es el cine, con lo cual no han ganado mucho.)<sup>25</sup>

Salvador Novo para entonces ya había convertido a Payno y a otros escritores del XIX en rasero para evaluar los méritos de lo contemporáneo, como *Zacatecas* (1944) de Daniel Kuri Breña, *Allá en Parral* (1947) de José Rentería Páez, *Retablos de Huehuetlán* (1950) y *Carnaval en Huehuetlán* de Carlos Merino Fernández, trabajos que en su opinión no sólo iban forman-

do una suerte de “geografía espiritual” de México, de sus provincias, sino que no dudaba en clasificar entre “las más mexicanas de las novelas mexicanas [...] entre las más auténticas; las no obsesadas por el propósito político de hacer ‘novela de la revolución’”.<sup>26</sup> Payno, en el interior de los hábitos reflexivos de Novo, era una presencia viva; y de ella diría:

Rindamos homenajes a nuestros escritores, a nuestros artistas, a nuestros historiadores del siglo XIX. Ellos absorbieron la vida de su tiempo; la vivieron intensamente y nos legaron su imagen y su palpitación. En la pluma verbosa, periodística, de Fernández de Lizardi, nace a retratar la vida de México una novela que ennoblece en Altamirano la imagen de nuestro tiempo y de nuestra provincia; que en Inclán forja la rústica novela de caballerías de *Astucia*; que con Payno retrata a toda una época pintoresca en *Los bandidos de Río Frío*; que con Riva Palacio escenifica truculentamente a la colonia; y que en las manos juguetonas de José Tomás Cuéllar nos deslumbra con una *Linterna mágica* en que desfilan, respiran, ríen, viven, nuestros abuelos.<sup>27</sup>

Pero volvamos al interés de críticos e historiadores extranjeros por la novela en México.

John S. Brushwood es el siguiente y tal vez el último comentarista extranjero en esta parte del recuento. En su ensayo sobre “La novela mexicana desde sus orígenes hasta fines del siglo XIX”, incluido en una *Breve historia de la novela mexicana* que firmó con José Rojas Garcidueñas, Brushwood ubicó a Payno entre los primeros escritores románticos que produjo la joven república y dijo que *Los bandidos de Río Frío* era su obra maestra, una opinión que nunca alcanzó ese tono en las apreciaciones de Gamboa y Azuela, aunque se pudiera decir que todo el tiempo estuvo implícita. Brushwood no encontraba grandes diferencias estructurales entre esta novela y *El pistolero del Diablo*, “aunque hay algo de más proporción y menos caos en que se olvida el autor de lo que previamente ha dicho [...] Payno recoge

el sabor de una época, acaso impensadamente".<sup>28</sup> Más adelante, y con mayor atención a las grandes minucias formales, Brushwood volvería sobre este asunto en el que resultó el estudio definitivo de su carrera profesional: *México en su novela*. En la cuenta corta ahí señaló que la incorporación de escenas repugnantes era en realidad el límite ostensible de las supuestas ambiciones naturalistas de Payno. En la cuenta larga, el panorámico ensayo de Brushwood hizo algo parecido al de Julio Jiménez Rueda, sólo que ahora el valor de Payno trascendió explícitamente su siglo.<sup>29</sup>

Llegados a este punto resulta ineludible notar en el proceso de construcción de sentidos de una obra específica el concurso de experiencias humanas tan amplias como las que participan en la misma creación. Se alcanza a apreciar en el caso particular de *Los bandidos de Río Frío* el deseo de crear una tradición, aunque eso no sea tan evidente como lo que sigue: su empleo, la tradición ¿para qué? He aquí que escritores y comentaristas de muy distintas generaciones e historias se concentraron en distintas manifestaciones del quehacer literario, trabajando autores que les significaban por encima de otros, debido a lo cual habilitaron para sí y para sus comunidades un elenco de títulos desde una perspectiva bien tradicionalista. En términos generales sus palabras funcionaron. Lo que no se ve, sin embargo, es que en comentaristas tan deliberadamente "tradicionales" como Jiménez Rueda, Castro Leal, Henríquez Ureña y compañía exista una variedad de usos e interpretaciones para dicho legado. Destaca, sí, la forma en la que las palabras sientan jurisprudencia, o por decirlo de otro modo, echan a andar un proceso en el cual la llegada de un nuevo comentarista sólo supone la reiteración de lo dicho por los anteriores. Todo esto parece broma, una broma incluso pesada, si no fuera porque es una broma tan raída como el sombrero de un mago ambulante. Esto lo completa esta otra cosa: la aparición de un nuevo lector, al contrario de lo que se suele imaginar, no es garantía de una nueva lectura.

La historia social de la cultura, o bien lo que más adelante se ha dado en llamar nueva historia cultural, aportaron los puntos de vista que

más recientemente se sumaron a las lecturas de *Los bandidos de Río Frío*. De su enfoque proviene un desplazamiento y una alternativa. El desplazamiento tiene que ver con una manera de leer con la que se busca eludir lo que Lucien Febvre llamó los "travestismos del pasado". Es una manera de leer que busca reconstruir horizontalmente los múltiples significados originales, los horizontes de expectativa tanto del autor como de su público inmediato, y que se interesa mucho menos en inventar y repetir cuanto se dice verticalmente sobre la obra desde el gabinete de esa otra especialidad que es la crítica literaria. La alternativa radica en la construcción de una tradición literaria en el espacio de lo que puede ser la más amplia experiencia comunitaria de la ciudad letrada en lugar de pretender construir para una posteridad sin rostro la tradición literaria de los mexicanos.

Conviene recordar ahora que fue Novo el primero en percibir tanto el espíritu rural como la ecuación moral de los escuálidos contrabandistas de Inclán y de los bandidos con chapa de Payno:

Si hasta la observación de la Marquesa [Calderón de la Barca] solían llegar efluvios del campo mexicano, hasta la experiencia de los Hermanos de la Hoja solía llegar la hez capitalina [...] Pero por lo demás, y hasta el final momento en que su exterminio entrega al héroe en la sórdida telaraña de la Justicia, y le pone en contacto con autoridades y Gobernadores, los personajes de *Astucia* ambientan un México rústico que está fuera de la política porque ellos mismos [los Hermanos de la Hoja] se colocan fuera de la ley que ha sido maquinada por los políticos y por los gobernantes. No son, empero, unos facinerosos. Se hallan equidistantes de la ortodoxia administrativa, y de la transgresión profesional de las leyes. Le sería reservado a Payno el privilegio de mostrar, con sus *Bandidos de Río Frío*, que los extremos del Gobierno y del Bandidaje no sólo se tocan, sino que suelen coincidir y entenderse. Fue de Inclán el de reconocer en los transgresores organizados de una ley pe-

queña y discutible, la intuición de aquellos “valores” morales superiores que expresos siempre a la medida de su rusticidad, granjeaban a los contrabandistas la simpatía, la complicidad y la gratitud de los campesinos contra un gobierno, contra una policía y una curia cuyos representantes no lo son obviamente del pueblo, y la contextura moral y humana de los cuales no resiste comparación con ninguno de los Hermanos de la Hoja.<sup>30</sup>

A mediados de los años setenta, según José Emilio Pacheco, la historiadora francesa Nicole Giron fue la primera en aplicar las teorías del historiador inglés Eric J. Hobsbawm en su ensayo sobre bandolerismo a novelas como *Los filibusteros del siglo XIX*, de Justo Sierra O'Reilly, de la que escribió únicamente el primer tomo, *Un año en el hospital de San Lázaro*, *El Zarco* de Ignacio Manuel Altamirano, *Astucia* de Luis G. Inclán y *Los bandidos de Río Frío*. Payno conoció la novela de folletín durante una breve estancia en París en 1844, al concluir una de sus gestiones diplomáticas, escribió Pacheco, en el momento preciso en el que todo el mundo leía o le leían *Los misterios de París* y *El conde de Montecristo*. Uno o dos años después arribó a México el folletín, a diez de distancia de la primera novela que se publicó en esa sección del periódico; Pacheco anotó:

Al mismo tiempo que Sierra O'Reilly en el entonces lejanísimo Campeche empezaba a publicar en su revista *Museo Yucateco* [...], *Un año en el hospital de San Lázaro*, Payno fue entregando a la *Revista Científica y Literaria* los capítulos de *El pistol del Diablo* [...] Con el ardid de atribuir sus observaciones al diablo, Payno trazó su primera novela panorámica del México en que todo cambia y todo sigue igual: el país que nunca saldrá de su hundimiento mientras las inmoralidades se toleren desde el palacio hasta la choza; los arrabales de la capital donde los pobres de siempre viven entre la basura (Payno es el novelista de la basura; en ningún otro de su época llegan los desechos

a cobrar categoría de personaje); las complicidades entre empresarios y funcionarios, policías y ladrones; los diplomáticos que declaran en público su amor y admiración por un México al que en privado detestan con toda su alma y sólo les agrada porque refuerza el sentimiento de su propia superioridad [...] Medio siglo después, en *Los bandidos de Río Frío* (1891), inmortalizó en el personaje de Relumbrón la figura real del coronel Juan Yáñez, asistente militar de Santa Anna y jefe supremo de las bandas que asaltaban en la ciudad y en los caminos. Había una sola excepción: el coche de la legación inglesa. Si atacaban el correo de su majestad la reina Victoria, el ministro británico exigiría castigo y el gobierno no podría perdonar al transgresor, a riesgo de ver su economía deshecha y sus puertos bloqueados.<sup>31</sup>

Pacheco no sólo tuvo oportunidad de ampliar sus ideas sobre Payno y sus novelas sino también de crear para ellas un espacio de lectura vinculado con lo que sucedía con los autores y las novelas de folletín en Francia y en España por la misma época, al presentarlas junto a otras de sus contemporáneos en una serie notable, la Gran Colección de la Literatura Mexicana.<sup>32</sup> Por primera vez alguien se atrevió a obviar que *Los bandidos de Río Frío* era lo mejor y más divertido de Payno, que su raigambre mexicana estaba fuera de duda al ofrecer trasunto fiel y verídico de la vida en México en los tiempos de Santa Anna, que la novela era producto de un plan, y que era comparable con *El Periquillo Sarniento* y *Astucia*, aunque las superaba en técnica y cultura y, por último, que su estilo periodístico tenía la gracia de un buen conversador. En su lugar, Pacheco se detuvo en los orígenes tanto de la novela histórica como del folletín. “Una nació de la nueva idea de la historia forjada por la Revolución francesa, del individualismo romántico, el ascenso de una nueva clase, la ideología liberal, las luchas nacionales, los avances tecnológicos y la extensión nunca antes vista del público lector”.<sup>33</sup> La novela de folletín, por su parte, tuvo su auge en México entre 1868 y 1872,

con lo que se consumó la división “entre la novela sin intenciones literarias de Juan A. Mateos y Vicente Riva Palacio (escritor de primera línea en otros géneros, pero que no tomó demasiado en serio sus folletines) y la novela artística que, iniciada en México por Altamirano, llegaría a su primera culminación a principios del siglo XX en los *Episodios nacionales* de Victoriano Salado Álvarez”.<sup>34</sup> Este tipo de observaciones no sólo ayudarían a explicar por qué fue tan difícil para Payno conquistar una modesta y como postergada independencia en la ciudad letrada, sino a entender la distancia que los arte puristas y realistas establecieron entre sus realizaciones y la última industrial novela de Payno, abanderados a finales del siglo XIX por Rubén M. Campos y hasta cierto punto por Amado Nervo.

Más cerca del centenario de *Los bandidos de Río Frío*, lejos del auge de la década de los cuarenta en que Manuel Payno fue como el convidado del momento, el historiador inglés David Brading sumó a la discusión algunos elementos. Su apunte tal vez ayude más adelante a releer las numerosas páginas de Relumbrón y Lamparilla a la luz inquietante de sus más eficaces influencias.

De entrada, Brading desistió abiertamente de la pretensión de defender a *Los bandidos de Río Frío* como obra de arte:

es cosa dispersa y desordenada, llena de subintrigas mal organizadas, con personajes que quedan en movimiento interrumpido capítulo tras capítulo, mientras el hilo de la acción principal emerge solamente en el tercero de sus cinco volúmenes. La conclusión es un verdadero matadero en el que los villanos son despachados a toda prisa al otro mundo. Pero lo que tiene el libro es vitalidad: sus escenas y personajes se apoderan de la imaginación y presentan una imagen inolvidable de México en la época de Santa Anna. Con la tranquila confianza de un hombre de mundo, Payno describe a abogados, oficiales del ejército y sus hombres, a la aristocracia, los sacerdotes, los artesanos, los políticos, los terratenientes y granjeros, los indios, las criadas y, por su-

puesto, los bandidos. Los escenarios incluyen la célebre feria de San Juan de los Lagos, el Presidente en su palacio, la Basílica de Tepeyac, la vida en las haciendas, los canales y barcas que unen a Chalco con la ciudad de México, y el más importante orfanato de México. Al mismo tiempo, Payno incluye en su relato personajes históricos, como el financiero Manuel Escandón, el excéntrico obispo Andrés Fernández de Madrid y el conocido correo de la Embajada británica. Uno de sus personajes pide incluso a Guillermo Prieto unos versos de amor para ayudarle en su empresa amorosa. En una palabra, se nos ofrece un retrato deslumbrante y comprensivo de todos los niveles de la sociedad mexicana, casi como si las figuras retratadas en *México y sus alrededores* salieran de sus páginas y se pusieran a hablar y a disputar.

Estas líneas preceden otra observación de Brading que ayuda a recuperar a Payno y su afición por la literatura inglesa fácilmente apreciable en su libro sobre *Los cuentos de Shakespeare*, a la manera de Charles Lamb, evidentemente, pero vista asimismo en los años cuarenta por Francisco Monterde, quien mencionó el nombre de Lawrence Stern junto al de nuestro narrador. Dice Brading:

El más cercano equivalente en la literatura inglesa sería *La Feria de las Vanidades*, de Thackeray. La semejanza queda subrayada si consideramos que ambos hombres llegaron a la novela después de haberse hecho un nombre como escritores de artículos en los periódicos, y que ambos conservan una visión esencialmente dieciochesca de la sociedad y de la naturaleza humana.<sup>35</sup>

En efecto, si Payno hubiera tenido el recurso que Thackeray halló en *El viudo Lovel*, habría confesado con digno y premeditado autoescarnio que su paso por las páginas del célebre *Museo Mexicano* le infundió aires de editor, sugiriéndole el propósito de educar el gusto del público y de difundir la moral y la sana literatura. Habría

declarado haber promovido y publicado sus propios escritos. Incluso habría confesado que pergeñó todo tipo de crónicas, empleando en ellas las sutilezas de su ingenio, así como trabajos de crítica documentados en las ardientes reservas del plagio en enciclopedias y diccionarios biográficos; trabajos que denotaban una suma de conocimientos que con el paso de los años no podían sino asombrarlo. Habría aceptado incluso haberse ofrecido al público lector como el perfecto papanatas en que el género de la novela de folletín convertía a casi todos sus practicantes. Quien no ha sido cándido alguna vez, como decía Thackeray, es difícil que llegue a ser hombre avezado.<sup>36</sup>

## Notas

<sup>1</sup> *British Museum General Catalogue of Printed Books to 1955*, volumen 19, Compact Edition, Radex Microprint Corporation, Nueva York, 1967.

<sup>2</sup> Guillermo Prieto, *México y Barcelona en 1888 y 1889*, serie de tres artículos publicados originalmente en *El Universal* los días 20, 21 y 22 de septiembre de 1889 y recogida en Prieto, *Instrucción pública. Crítica literaria. Ensayos. Obras completas*, XXVII, compilación, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, prólogo de Anne Staples, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997, pp. 338-345.

<sup>3</sup> Véase la entrada del 31 de julio de 1891, en Ignacio Manuel Altamirano, *Diarios, Obras completas XX*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992, p. 418. Siendo cónsul general de México en Francia, Altamirano dejó constancia de la pobre opinión que tenía de Payno en la carta que dirigió a Joaquín Casasús el 17 de abril de 1891. En ella decía que Payno tenía “el peor gusto del mundo”, el mismo Payno a quien el gobierno le había comisionado la compra de cien mil pesos en mobiliario para Chapultepec. “Es hombre de caprichos, le gusta lo de su tiempo, lo atrasado, lo que nadie aceptaría. Los mismos comerciantes se burlan de sus gustos y se encogen de hombros. No consulta personas de gusto; no conoce lo verdaderamente elegante, porque lo nulo de sus relaciones en París lo aleja del mundo que usa las buenas cosas. Si fuera posible preguntarle a [Ernesto] Elorduy sabría usted por su boca esto mismo. Sus mismos hijos critican su extravagancia. Para convencerse de su falta de gusto no hay más que ver las cortinas que mandó; son de magnífica seda, hechas en Lyon, pero de pésimo gusto. Si hubiera ido a las fábricas de Lyon, como yo he ido, habría tenido dónde escoger maravillas y a menor precio. Lo trataron como a un peruano, como a un argentino, como a un rastaquouère, como llaman aquí a

Payno sabía que como literato, y la acepción correcta es la dieciochesca y no la llena de reservas de Mariano Azuela, tenía la obligación de contar la verdad tal y como la conocía, “ya sea que uno vista capa y cascabeles o con sombrero de teja”, no obstante que en la realización de semejante empresa hubieran de salir infinidad de materiales desagradables, como lo advirtió Thackeray. No de otra manera *Los bandidos de Río Frío* compuso un escenario semejante a lo que era literalmente la Feria de las Vanidades: banal, perverso e ingenuo hasta el delirio permitido por la mezcla de onirismo y realismo del folletín, y además plagado de todo tipo de alimañas, imposturas y pretensiones.<sup>37</sup>

los españoles y americanos vanidosos y de mal gusto, como a un cursi, como los llaman en España, y como a un payo como decimos nosotros”, *Epistolario (1889-1983)*, 2, *Obras completas XXII*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992, pp. 105-106.

<sup>4</sup> A partir del 4 de abril de 1897, Rubén M. Campos publicó en el periódico *El Nacional* una decena de ensayos sobre los escritores mencionados, bajo el título general de “La literatura realista mexicana”.

<sup>5</sup> Robert Duclas, *Bibliographie=Bibliografía de Manuel Payno*, s.p.i., 63 pp.

<sup>6</sup> Federico Gamboa, *La novela mexicana*, edición preparada por José Emilio Pacheco, *La crítica literaria en México* 4, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Universidad de Colima, 1988, p. 29. Luis G. Urbina, tocado por los ánimos restauracionistas que alentaron la década armada, emprendió una versión ampliada de su participación en Biblos y en 1917 recibió de una imprenta madrileña sus reflexiones sobre *La vida literaria en México*. Sólo que en ellas el nombre y la obra de Payno pasaron de largo. *La vida literaria en México* la editó y prologó Antonio Castro Leal junto a *La literatura mexicana durante la guerra de Independencia* en un útil volumen de la Colección de Escritores Mexicanos de la Editorial Porrúa (27), que en una 2a. edición, corregida y aumentada, circula en México desde 1965.

<sup>7</sup> Federico Gamboa, *Mi Diario II (1897-1900)*. *Mucho de mi vida y algo de la de los otros*, Memorias Mexicanas, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, p. 143.

<sup>8</sup> Amadón Nervo, *Crónica de moda. La Semana de Obregón. Traducciones para El Mundo Ilustrado*, prólogo y recopilación de Sergio Márquez Acevedo, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, p. 56.

<sup>9</sup> Luis González Obregón "Estudio Final", en Manuel Payno, *Los bandidos de Río Frío. Novela naturalista, humorística, de costumbres, de crímenes y de horrores*, México, Ediciones México Moderno, 1919, pp. 444-445, 447-448. Existen un par de reimpresiones del referido *Extracto de la causa formada al excoronel Juan Yáñez y socios, por varios asaltos y robos cometidos en poblado y despoblado* (1839), una bajo el título Tomás de Castro/Antonio Alvarado, *Los verdaderos bandidos de Río Frío* (México, Ediciones Hispánicas, 1987), y otra con prólogo de Enrique Flores (México, Instituto Nacional de Bellas Artes/Universidad Autónoma Metropolitana, 1988).

<sup>10</sup> Julio Jiménez Rueda, *Letras mexicanas en el siglo XIX*, prólogo de Emmanuel Carballo, *La crítica literaria en México 1*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Universidad de Colima, 1988, pp. 113-114.

<sup>11</sup> Véase el prólogo de Antonio Castro Leal en el primer volumen de Manuel Payno, *Los bandidos de Río Frío* México, Editorial Porrúa (Colección de Escritores Mexicanos, 13), 1945, pp. xi-xii. Al referirme a Castro Leal empleé deliberadamente el título de un sugerente trabajo de Leticia Algaba Martínez y Víctor Díaz Arciniega, "Antonio Castro Leal, esforzado constructor de una tradición", en Jorge Ruedas de la Serna (coord.), *Historiografía de la literatura mexicana. Ensayos y comentarios*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, pp. 312-327.

<sup>12</sup> Manuel Payno, selección y prólogo de Francisco Monterde, *Artículos y narraciones*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Biblioteca del Estudiante Universitario, 58), 1945, p. xxviii. Véase otra versión de este prólogo en Monterde, *Aspectos literarios de la cultura mexicana. Poetas y prosistas del siglo XVI a nuestros días*, 2a. edición, Seminario de Cultura Mexicana, México, 1975, pp.

<sup>13</sup> Salvador Novo, "Martes 17 [septiembre de 1946]", en *La vida en México en el periodo presidencial de Manuel Ávila Camacho*, compilación y nota preliminar de José Emilio Pacheco, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Memorias Mexicanas), 1994, p. 619.

<sup>14</sup> *Ibid.*, "Miércoles 24 [de 1945]", p. 412.

<sup>15</sup> Mariano Azuela, *Cien años de novela en México*, México, Editorial Botas, 1947, p. 76.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 79.

<sup>17</sup> *Ibid.*, pp. 79-82.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 83.

<sup>19</sup> *Ibid.*, pp. 90-91.

<sup>20</sup> Véase Pedro Enríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, traducción de Joaquín Díez-Canedo, México, Fondo de Cultura Económica (Biblioteca Americana), 4a. reimpresión, 1978. Es inevitable recordar el apunte de Julio Jiménez Rueda al leer lo siguiente: "Sólo a partir de 1845 empiezan a multiplicarse las novelas, de asunto histórico o contemporáneo, al estilo de Walter Scott, Víctor Hugo o Eugène Sue. En México surgió toda una escuela de novelas tras *El fiistol del Diablo* de Manuel Payno (1845); esta escuela contó

con el apoyo de casas editoras que se las arreglaron para medrar en medio del desbarajuste político, a tal punto que llegaron a sacar una Biblia en varios volúmenes y una excelente enciclopedia" (p. 128).

<sup>21</sup> José Luis Martínez, "Payno" (1947), en *La expresión nacional*, Biblioteca de las Decisiones 7, Editorial Oasis, México, 1948, p. 275.

<sup>22</sup> En la historia de las instancias editoriales del estado mexicano, al margen de las imprentas de la Universidad Nacional Autónoma de México, esta analogía de *Los bandidos de Río Frío* fue el primer título de Payno que la Secretaría de Educación Pública incluyó en catálogo. Luego seguirían *Mártires de la Reforma* y *Momentos de rebelión* (SEP/Conasupo, 1982), *El hombre de la situación* (SEP/CONAFE/PREMIA, 1982), según *La labor editorial de la SEP. 1921-1993*, México, SEP/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, pp. 103-104 y 131. A esto hay que agregar, corrigiendo y poniendo al día la información de este catálogo, *Sobre mujeres, amores y matrimonios* (SEP/INBA/PREMIA, 1984), además de que el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes emprendió la publicación de las obras completas de Payno a partir de 1997, habiéndose publicado a la fecha de cerrar la edición de este volumen de Archivos: *Crónicas de viaje. Memorias e impresiones de un viaje a Inglaterra y Escocia* (1997), *Crónica nacional* (1997), *Costumbres mexicanas* (1998).

<sup>23</sup> Manuel Payno, *Los bandidos de Río Frío*, selección y prólogo de José R. Nerval, México, Secretaría de Educación Pública (Biblioteca Enciclopédica Popular, 3a. época), 1949, pp. 6-8.

<sup>24</sup> Ángel de Campo, *Cuentos y crónicas*, introducción y selección de Alí Chumacero, México, Secretaría de Educación Pública (Biblioteca Enciclopédica Popular, 9), 1944, 93 pp. Chumacero decía ahí: "Hecho de la madera de los luchadores que han peleado para darnos fisonomía propia e inconfundible, y armado de intenciones similares a las de Guillermo Prieto, Fernández de Lizardi, Manuel Payno, José Tomás de Cuéllar y Heriberto Frías, a través de su descuidado y rápido estilo, Micrós revela una idéntica misión que no desmintió sino que vino a reforzar esa corriente que podemos nombrar de veras 'mexicana'. Este prólogo está recogido en Alí Chumacero, *Los momentos críticos*, selección, prólogo y bibliografía de Miguel Ángel Flores, México, Fondo de Cultura Económica (Letras Mexicanas), 1a. reimpresión, 1996, p. 235.

<sup>25</sup> Manuel Pedro González, *Trayectoria de la novela en México*, México, Ediciones Botas, 1951, p. 42.

<sup>26</sup> Salvador Novo, "28 de julio [de 1951]", en *La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Alemán*, compilación y nota preliminar de José Emilio Pacheco, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Memorias Mexicanas), 1994, p. 525.

<sup>27</sup> Salvador Novo, "5 de diciembre [de 1953]", en *La vida en México en el periodo de Adolfo Ruiz Cortines*, I, prólogo de Antonio Saborit, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Memorias Mexicanas), 1996, p. 255.

<sup>28</sup> John S. Burshwood y José Rojas Garcidueñas, *Breve historia de la novela mexicana*, México, Ediciones de Andrea (Manuales Studium, 9), 1959.

<sup>29</sup> J. S. Brushwood, *México en su novela*, traducción de Francisco González Aramburo, México, Fondo de Cultura Económica (Breviarios, 230), 1973, p. 222. (La primera edición, en inglés, es de 1966.)

<sup>30</sup> Luis G. Inclán, *Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la rama*, prólogo de Salvador Novo, 5a. edición, México, Editorial Porrúa (Sepan Cuántos, 63), 1980, p. xvi.

<sup>31</sup> José Emilio Pacheco, "Bandidos de ayer y hoy", *Proceso. Semanario de información y análisis*, 441, México, 15 de abril de 1985, p. 52.

<sup>32</sup> José Emilio Pacheco escribió la presentación a los volúmenes correspondientes a Las Primeras Novelas (José Joaquín Fernández de Lizardi, *El Periquillo Sarmiento*; Justo Sierra O'Reily, *Un año en el hospital de San Lázaro*), La Novela Histórica y de Folletín (Juan A. Mateos, *La majestad caída*; Vicente Riva Palacio, *Mar-*

*tín Garatuza*; Ignacio Manuel Altamirano, *Clemencia*; Victoriano Salado Álvarez, *Episodios Nacionales: Su Alteza Serenísima*) y a La Novela de Aventuras (Manuel Payno, *El hombre de la situación*; Luis G. Inclán, *Astucia*; Pedro Robles, *Los Plateados de Tierra Caliente*), en la Gran Colección de la Literatura Mexicana, Promexa, México, 1985.

<sup>33</sup> José Emilio Pacheco, "Presentación", *La Novela Histórica y de Folletín*, op. cit., p. vi.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. vii.

<sup>35</sup> David A. Brading, *Mito y profecía en la historia de México*, traducción de Tomás Segovia, México, Vuelta (Colección La Reflexión), 1988, pp. 161-162.

<sup>36</sup> Véase William M. Thackeray, *El viudo Lovel*, traducción de Manuel Ortega y Gasset, Argentina, Espasa-Calpe Argentina (Colección Austral, 1098), 1952, p. 28.

<sup>37</sup> Véase William M. Thackeray, *Vanity Fair. A Novel Without a Hero*, postfacio de V. S. Pritchett, Signet Classic, New American Library, Nueva York y Scarborough, Ontario, 1981, p. 95.

